
Cuando Víctor regresa a la tierra

25/09/2017



Víctor Mesa regresó a Sagua, azul como no lo queríamos. Antes del juego supuse que en las gradas la emprenderían con él porque ahora viste la franela color cielo, color industrialista, que tantas pesadillas nos causara (a él también) en un pasado reciente, y para muestra, evoco el año 2010 como botón.

Una cosa es lo que supone la periodista de provincia y la realidad, con su afán de sorprender, resulta más rica que cualquier pronóstico. Ovaciones de pie, como antes, cuando hace muchos años (yo no figuraba ni en el pronóstico de mis padres), sus sensacionales atrapadas y espectaculares robos al *home* hacían las delicias de este pueblo que se enorgullecía por saberle tan nuestro.

Víctor tiene el don de ser noticia. Antes, ahora y muchos años después, seguiremos recordándolo. Ahora, dispuesto y sonriente, saludó al pueblo recientemente afectado por el paso del huracán Irma: «especialmente a Pueblo Viejo, mi zona allá en Sitiecito. Siempre llevo a Sagua en el corazón. Jamás se me olvida, en ningún lugar donde yo esté, que soy de esta tierra».

Ahora regresó como mánager de Industriales y habrá que perdonárselo también, aunque él no necesite nuestra benevolencia.

«Antes también hice por esta provincia, luego por Matanzas. Nos ha tocado esta tarea y hay que cumplir», añadió.

¿Cumplirá cabalmente? ¿Será Industriales campeón este año? Lo cierto es que más de uno, con el más glorioso 32 de todos nuestros tiempos beisboleros de timonel en esa manada que ahora también adoptó al otrora alazán Samón, se ha puesto a soñar con un campeonato azul. Yo no, nunca sueño con ellos en la cima, ¿para qué voy a mentirles?

Antes del juego, en la emoción de los recuerdos, una mujer contó que se enamoró del béisbol viendo jugar a mi coterráneo en el centro del campo, desafiando los jonrones o corriendo las bases como nadie lo ha hecho jamás en la vida. Al principio y al final, habrá que agradecer al Hijo Ilustre de Sagua la Grande su regreso a la tierra, porque dan ganas de abrazarlo por tanto orgullo de coexistir con su pasión por el béisbol, tan a flor de piel, que puede casi respirarse.
